

VASCONIA VISTA POR "AZORIN"

por

LUIS S. GRANJEL

DESCUBRIMIENTO DE VASCONIA

Tiene por tema este estudio, su título ya lo anticipa, recoger la visión que de Vasconia nos ofrece *Azorín* dispersa por muchos capítulos de su dilatada labor literaria. Personalmente, perdóneme el lector la confidencia, me complace realizar esta rememoración, pues ella devuelve a mi memoria como un eco de mis propias vivencias ante un paisaje ligado a una etapa de mi vida que creo que nunca olvidaré, pues su recuerdo se enriquece en añoranzas a medida que me alejan de ella los años y muchos afanes nuevos. Quisiera que la lectura de estas páginas, admirables, de *Azorín*, ayudaran a los hijos de Vasconia que ya no viven en ella a religarse a la tierra que los hizo.

Nacido en Levante, supo *Azorín*, sin embargo, captar, con singular acuidad, los rasgos más distintivos de aquella tierra vasca, tan dispar de la suya; tal conocimiento le sirvió incluso para mejor adentrarse en la comprensión de la tierra nativa; escribía, en 1941 (1), *Azorín*: «Los paisajes de mi tierra los he visto mejor por estos paisajes opuestos. Contemplando estos colores intensos (los de Vasconia), en cuadrículas rojizas, amarillas, verdes y moradas, que se extienden por las laderas, he llegado a apreciar mejor, a percibir mejor, a fruir mejor, los grises delicadísimos de mi tierra.» Descubrió Vasconia *Azorín* al realizar, en el verano

(1) "Descubrimiento del Norte"; **Madrid; Obras completas; VI, 277.** Los textos de *Azorín* serán todos citados, siempre que no se haga indicación en contrario, por esta edición definitiva de sus obras (8 vols.; Madrid, 1947-48).

de 1904, una excursión por los balnearios norteños; antes la había conocido, imaginativamente, en los primeros libros de Pío Baroja, amistad fraterna suya desde 1900. Llega *Azorín* a Guipúzcoa, como todo viajero de Castilla, después de haber contemplado la suave tierra alavesa, «graciosa transición —nos dice (2)— entre el paisaje clásico de Castilla y el romántico de Vasconia.» Las crónicas de aquel viaje las publicó *El Imparcial* (3): el «pequeño filósofo» que era entonces *Azorín* describe con minucia el vivir de cada día en Cestona, en Urberuaga, en Zaldívar; nos cuenta cómo eran las señoras, los señores, las jóvenes que en aquellos pequeños mundos veraniegos conoció y trató. La lectura de estas crónicas rememora la estampa, un tanto desvaída, algo melancólica, de un mundo que desapareció para siempre, el retrato de una sociedad ya hoy inactual.

Hablándonos de aquel primer viaje suyo por Vasconia, dirá *Azorín* en 1941 (4): «El descubrimiento que hice en el Norte ha sido capital para mí. En 1904 visité por vez primera a Vasconia»; tanto le sedujo su paisaje, «tan pronto visto, tan pronto amado», que, desde entonces, «he estado veraneando cerca de treinta años en Vasconia. No me he cansado nunca de gozar el ambiente.» Alude después a la impresión, profunda, perdurable, que desveló en su ánimo el contemplar aquella tierra tan diferente de las que hasta entonces conociera (5): «Nativo yo de un país de paisajes desnudos y grises, de montes sin más vegetación que la ratiza, de cielo limpio, sin lluvias lo más del año, había de sentirme subyugado por el nuevo panorama. A la inervación, a veces dolorosa, sucedía una sedancia gratisima... Por primera vez entraba, dentro de España, en un mundo desconocido. Los nervios y la mente eran otros.» Conoceremos ahora, leyéndolo en sus textos, cuanto desde aquel verano de 1904 ha escrito *Azorín* de Vasconia, de su paisaje y sobre los hombres que la habitan, de quienes mejor han sabido perennizarla con su obra creadora, literaria o artística.

EL PAISAJE VASCO

Anticiparé que el paisaje vasco que *Azorín* descubrió y nos describe es el guipuzcoano. He aquí, textualmente, su mejor elo-

(2) "Vasconia"; *Una hora de España*; IV, 542.

(3) "En Urberuaga"; "Siluetas de Zaldívar"; "Siluetas de Urberuaga"; *Los Pueblos*; II, 166-70 y 189-99, y *Veraneo sentimental*; VII, 267-320.

(4) "Descubrimiento del Norte"; *Madrid*; VI, 276-277.

(5) *Ibid.*; VI, 276.

gio de este trozo de tierra peninsular (6): «Guipúzcoa es un pontón amarrado a España. De todas las provincias marítimas de España, Guipúzcoa es la que tiene más costa con relación a su superficie. Se ha dicho que el nombre de Guipúzcoa procede de *egui* y *puzua*, o sea, *pozo de montes*. Ninguna soledad más profunda que la de un pozo. Cuando se desciende de la alta meseta hacia Guipúzcoa, al pasar del cielo radiante al cielo ceniciento, del suelo desnudo al suelo cubierto de verde intenso, se tiene la sensación profunda —profunda y dulce— de penetrar en un ámbito gratisimo de quietud y silencio. Habitados los vascos a la soledad verde de sus montañas, había de serles familiar la soledad azul del mar. Desde primera hora de la civilización hispana han navegado los vascos por todos los mares del mundo. Guipúzcoa ha tenido el honor de suscitar los celos de Inglaterra. Los navegantes de Guipúzcoa corrian tanto los mares como los navegantes británicos.»

Muchas, y siempre laudatorias, son las descripciones en que *Azorín* ha perennizado su visión de Vasconia. Puede recordarlas el lector en *Veraneo Sentimental*; en el artículo «La casa vasca. La casa levantina», recogido en *Tiempos y cosas*; en *Tomás Rueda*; en el capítulo «Vasconia» de *Una hora de España*, su discurso académico; en una capítulo, el tercero, de su libro *El paisaje de España visto por los españoles*; en el capítulo «Cangilones» de *Pueblo*; finalmente, en el capítulo «Descubrimiento del Norte» del libro *Madrid*. Anotemos que para *Azorín*, como para dos destacados prohombres vascos coetáneos suyos, Unamuno y Baroja, es indudable la ligazón entre Vasconia y Castilla; sin entrar a enjuiciar sobre el acierto o el error de tal apreciación, me limito a transcribir el testimonio azoriniano; hablándonos del influjo que Castilla ejerció en la generación del Noventa y Ocho, escribe (7): «A un vasco, un vasco como Unamuno o Baroja, no le era difícil llegar a la gravedad castellana. La seriedad vasca es afín a la de Castilla». Del entrañado afecto que pone *Azorín* al hablarnos de la tierra vasca, es buen ejemplo esta impresión que hace vivir a Tomás Rueda, a su retorno desde Flandes a España (8): «Le encantó la vieja Vasco-

(6) «Los vascos de Mingorria»; *Cavilar y contar*; VI, 436.

(7) «La gravedad castellana»; *Madrid*; VI, 247. Sobre las afirmaciones, mucho más explícitas y razonadas, de Baroja y Unamuno acerca de esta cuestión cfs. mis libros *Retrato de Pio Baroja* (Barcelona, 1953) y *Retrato de Unamuno* (en prensa).

(8) *Tomás Rueda*; III, 325.

nia... ¡Cómo gusta él de este ambiente suave y plácido!... Todo le es grato en este país. Todo: desde los interiores de las casas hasta la perspectiva lejana de las montañas con sus jirones y cendales de niebla».

Completemos esta pintura de la tierra vasca con nuevos testimonios. El camino desde Cestona a Urberuaga nos lo describe así *Azorín* (9): «El paisaje es el clásico y maravilloso paisaje vasco: declives empinados, cubiertos de bosque húmedo, pomposo y claro; rodales de pradería, suaves pomaradas olorosas, escalonadas hasta lo alto en liños y ringlas desiguales». Días más tarde, en ruta hacia Zaldívar, añade (10): «nuestras miradas van explayándose continuamente, gratamente, en el panorama verde y suave, columbrando las lejanas angosturas, por las que acaso asoma un pueblecillo, siguiendo el meandro de un río, abarcando los extensos maizales plantados en las laderas, atalayando las casas grises, rojas, que acá y allá surgen a cada paso». Por las mismas fechas escribió (11): «El paisaje vasco es un paisaje brumoso, gris, velado, melancólico; el cielo está bajo; el aire es denso, húmedo; las lejanías están veladas como por una gasa; las montañas se tocan; un tupido y negro bosque de castaños, hayas y robles oculta las laderas; la hierba crece alta, verde, jugosa. Y en los días de invierno, una lluvia menuda, persistente, eterna, monótona, cae y cae implacable, y hace cerrar el horizonte, y hace chorrear los árboles, y engruesa los regatos, y mancha las paredes, y mantiene en forzada inacción a los labriegos».

Varios elementos del paisaje vasco son objeto de especial predilección para *Azorín*; entre ellos el cielo, la niebla y la soledad que depara al hombre. Oigámosle: «El cielo bajo y ceniciento deja caer una luz dulce y tenue. Lo gris de lo alto hace resaltar lo vivaz de lo verde en lo bajo» (12). Rehaciendo, en su Levante nativo, la imagen, tantas veces contemplada, de Vasconia, escribe (13): «El aire es denso y opaco; opacidad del aire que da al silencio su mayor intensidad. Una barrancada honda; lo verde del bosque; robles, hayas, helechos que cubren las laderas. Y jirones de niebla que van lentamente desgarrándose en los árboles. A veces es tan honda la sensación de soledad, que

(9) "Camino de Urberuaga"; *Veraneo sentimental*; VII, 303.

(10) "Hacia Zaldívar"; *Ibid.*; VII, 308.

(11) "La casa vasca. La casa levantina"; *Tiempos y cosas*; VII, 192.

(12) "Descubrimiento del Norte"; *Madrid*; VI, 277.

(13) "Cangilonés"; *Pueblo*; V, 559.

nos sentimos respirar y llegamos a un jadeo angustioso. Y al mismo tiempo, la complacencia íntima de este silencio, de esta quietud, de esta majestad. Todo es sagrado; todo de una solemnidad religiosa. La vertiente honda de la barrancada, revestida de helechos; y la niebla lenta y silenciosa». Completa esta visión del paisaje la interpretación que nos ofrece *Azorín* de la casa vasca; hay compenetración entre sus líneas y su color, y la tierra sobre que asienta: «La casa vasca —nos dice (14)— es uniforme, simétrica, sólida, tal vez achaparrada. Sus tejados son grandes, colocados en pronunciada vertiente; los aleros sobresalen anchurosos. Si no es de piedra gris, negra, los esquinazos al menos son de recios sillares. Y de piedra son los alféizares de las ventanas. Y de piedra la arquería, grave, majestuosa, que da entrada al zaguán. ¿Habrà algo que muestre más fielmente el carácter vasco, impasible a través del tiempo, severo, austero, fuerte, enérgico, pacienczudo, lealísimo?» La pregunta, que tiene respuesta negativa, acierta plenamente, pues nada revela mejor el modo de ser humano que sus más vitales creaciones, más aún cuando, como al crear su hogar, en su proyecto impone su impronta el paisaje y su clima, la tierra que también labró, previamente, decisivamente, su temple anímico, el esquema de sus más primarias reacciones.

HOMBRES VASCOS

No sólo de la tierra vasca nos habla *Azorín*; también se leen en sus obras opiniones del hombre que la habita y juicios sobre algunos vascos, bien representativos de la raza, a los que conoció y trató. Dos son, por tanto, los temas que he de abordar en este último parágrafo de mi estudio.

Inicio el primero de ambos. El vasco, nos dice *Azorín*, como tipo humano, se compenetra enteramente con la tierra que pone marco a su existir; «El vasco vive entre brumas que cierran su horizonte, acorralado por las lluvias, sempiternamente en la casa: las creencias, las tradiciones, se mantienen en él fuertes, incommovibles... Un vasco colocará en la puerta de su casa un emblema político o religioso y allí lo mantendrá años y años» (15). Esta firmeza interior no le resta al hombre vasco, sin embargo, ni energías ni humor; hay en él, añade *Azorín*, en otro lugar una evidente inclinación hacia un infantilismo alegre y sensual;

(14) «La casa vasca. La casa levantina»; *Tiempos y cosas*; VII, 193.

(15) *Ibid.*; VII, 194.

expresión, a mi juicio, de la fuerza con que aún gobiernan en sus reacciones ancestrales impulsos raciales. «No existe aquí el pasado —escribe *Azorín* (16)—. Los vascos son los niños de España. Como los niños, los alborota el deseo de asombrar: en pintura, en letras, en la industria. Sólo aquí las multitudes son alegres; ven con sanidad y sin rezago la tristeza». No olvida anotar *Azorín* el marcado individualismo vasco: «En Vasconia —añade— no ha habido muchedumbres vehementes; su historia es larga y silenciosa; sus hombres han salido hacia las grandes empresas del mar, individualmente, solitarios. Todo ha favorecido en Vasconia el recogimiento y la permanencia».

Mucho más reiterativas son las referencias de *Azorín* a varias personalidades vascas; compañeros suyos de generación y hombres, todos, es bien cierto, arquetípicos del espíritu de la raza vasca y la tierra que la sustenta. Dos grupos podemos hacer con ellos; integran el primero hombres de letras; forman el segundo dos pintores: Darío de Regoyos e Ignacio Zuloaga.

Hablaré, primero, de los literatos. Componen este grupo Pío Baroja, los Maeztu y Unamuno. De Pío Baroja tanto ha escrito *Azorín* durante casi media centuria que con los artículos consagrados a comentar la personalidad y la obra del ilustre novelista vasco se ha podido editar un nutrido volumen (17). En su interpretación de la obra barojiana, *Azorín* ha captado agudamente el lazo que ata firmemente la literatura de Baroja al paisaje vasco y el espíritu de su raza; de 1904, de los días de su primera incursión por tierras de Vasconia, data este significativo texto: «Acabé entonces de comprender a Baroja. Sí, el ritmo y contextura de su prosa estaban concordes con esta paz, con tal sosiego y con tan sencillas maneras en los moradores» (18). Años más tarde repite: «Pío Baroja ha sido el artista que más penetrantemente ha sabido describir el paisaje vasco» (19). De los Maeztu nos habla *Azorín* en un artículo que publicó el diario «A B C», de Madrid, el 31 de octubre de 1905 (20). Dice allí de Ramiro: «Nadie como él ha tenido en el estilo, desde el primer momento, la nerviosidad, la pasión, el ímpetu y el movimiento. Y nadie como él ha poseído ese algo precioso y raro que es lo que mar-

(16) «Vasconia»; *Una hora de España*; IV, 542-43.

(17) *Ante Baroja*; VIII, 137-316. Sobre la interpretación azoriniana de Pío Baroja cf. mi estudio «El Baroja de *Azorín*», próximo a publicarse.

(18) «Descubrimiento del Norte»; *Madrid*; VI, 276-277.

(19) «Vasconia»; *El paisaje de España visto por los españoles*; III, 1.143.

(20) «Los Maeztu»; *Pintar como querer*; 245-248; Madrid, 1954. No incluida aún en las *Obras completas*.

ca el espíritu selecto en las letras; el don de lo inesperado». María, «tiene la nerviosidad, la decisión y la charla efusiva y confiadora de Ramiro». Gustavo, el tercero de los Maeztu, «no vive sino para la pintura». Más repetidas son las referencias de *Azorín* sobre don Miguel de Unamuno, con quien mantuvo en ocasiones relación epistolar (21). Su primera opinión sobre Unamuno está fechada en 1896, y es anterior, en unos años, a su conocimiento de Baroja y los Maeztu (22). A este primer juicio, juvenil, añadió *Azorín*, después, semblanzas más serenas y mejor meditadas; fué *Azorín*, recuérdese, uno de los organizadores de la famosa conferencia dada por Unamuno sobre la ley de Jurisdicciones, en Madrid, en el Teatro de la Zarzuela, hacia los últimos días del mes de febrero de 1906 (23). Casi veinte años después lo visitó en su voluntario exilio de Hendaya (24).

Dos son, lo dije antes, los pintores vascos que conoció y trató con cierta asiduidad, *Azorín*, y de quienes nos habla en sus obras, descontada la ocasional alusión a Gustavo Maeztu, y algunas referencias a Ricardo Baroja, que no recojo. Del primero de aquellos, Darío de Regoyos, trató en un artículo fechado en 1980 (25). Sobre el segundo, Ignacio de Zuloaga, *Azorín* ha escrito con significativa reiteración; a él dedicó, en 1940, su libro *Pensando en España*; incluso nos lo presenta, transmutado en personaje literario, con el figurado nombre de Arlegui, en su novela *María Fontán* (1944) (26). La actitud de *Azorín* ante la pintura de Zuloaga, de mostrarse, en un primer tiempo, reservada, llegó a ser admirativa. La crítica que un día le hizo: su caricaturesco españolismo (27), la retiró bastantes años después, cuando el exilio le llevó a imaginar y soñar el espíritu de España desde París (28): «No creo —escribe ahora *Azorín* (29)— que el concepto de España, en Zuloaga, haya sufrido a lo largo de los años modificación profunda. ¿Y el concepto de este contemplador de Zuloaga? ¿He visto yo del mismo modo la pintura

(21) Algunas de estas cartas las publicó *La Estafeta Literaria*; núm. 11; Madrid, 25 de agosto de 1944.

(22) *Charivari*; I, 250.

(23) "El maestro Unamuno" y "La conferencia de Unamuno"; *Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros*; VIII, 116-122.

(24) "Unamuno"; *Madrid*; VI, 204-207.

(25) "Darío de Regoyos"; *Pintar como querer*; 29-32; Madrid, 1954. No incluida aún en las *Obras completas*.

(26) "La comida"; *María Fontán*; VII, 542-544.

(27) "La España de un pintor"; *Tiempos y cosas*; VII, 245-247.

(28) "El pintor de España"; *Pensando en España*; V, 1.079-1.084.

(29) "Zuloaga"; *París*; VII, 959.

de Zuloaga antes de los tres años en París que después? ¿He visto, no ya el trasunto de España, sino la misma España? No es, ciertamente, Zuloaga el que ha cambiado; soy yo quien no tiene la misma visión de España que tenía antes». Supo también destacar *Azorín*, y ello tiene especial significación dentro de la intención que guía este estudio, el carácter «vasco» de la pintura de Zuloaga: «Zuloaga representa la totalidad de España; su estro se dilata por toda la área de España. Con apetencia de vasco, Zuloaga se lanza sobre ciudades, tipos, paisajes, escenas de España» (30). Más expresivo es aún este segundo testimonio; habla X, el inominado protagonista de las *Memorias Inmemoriales*, con *Azorín*, y le dice (31): «Zuloaga es vasco; el paisaje vasco es severo; la luz de ese paisaje es velada. Todo en ese paisaje implica austeridad. No me digas que el vasco es sensual; corroborando con ello mi sentir, Z. es un pintor de luz; la luz lleva consigo la apetencia de las formas y del mundo... Todo, en los limbos de lo increado, en Z., tiende hacia el mundo apetente y expansivo. Y todo por imposibilidad de llegar a ese mundo, se reconcentra en arte definido, severo, noblemente altivo... Z. no puede captar lo voluptuoso de los italianos, ni lo íntimo vulgar de los holandeses. Z., en su imposibilidad, parece rebotar sobre un muro invisible. Y de ese rechazo sale la más austera y digna, en su severidad, pintura moderna». Vasconia ha pagado, en cierto modo, ese sincero y acendrado amor con que el escritor levantino ha hablado de su paisaje y ha sabido comprender y ensalzar a algunos de sus hijos; un vasco, Zuloaga, firma el más notable retrato de *Azorín*.

(30) "Marcelino Santa María"; *La cabeza de Castilla*; 56; Madrid, 1953. No incluida aún en las *Obras completas*.

(31) "Zuloaga"; *Memorias inmemoriales*; VIII, 434.